



Póker político

Matías Pascal

¡Lo que faltaba...! ¿Un gobierno espía en la transformación...? De vuelta a tiempos de Echeverría

En la mesa del poder, el gobierno ha decidido jugarse todas sus fichas. Pero no lo hace con un juego limpio ni bajo las reglas de la democracia, sino con una mano truca, cartas marcadas y la intención clara de controlar al resto de los jugadores: nosotros, la ciudadanía. **Ricardo Anaya** ha encendido una alarma que, más allá de las filias o fobias políticas, merece atención urgente. Lo que denuncia no es una simple mala jugada, es un "all-in" autoritario disfrazado de política social.

La metáfora del póker nos ayuda a entender lo que está pasando. En este juego, lo más peligroso no es una mala mano, sino un jugador que oculta ases en la manga mientras sonríe y promete que el pozo es para el bien común. El paquete de reformas que se pretende aprobar esta semana -según denuncia **Anaya**- representa exactamente eso: una apuesta total del gobierno para centralizar el control de la información ciudadana bajo la coartada del combate a la desaparición forzada y la protección de los más vulnerables.

El Paquete Legislativo: Un "combo" que vale más que la banca

Lo primero que llama la atención es la manera en que se están aprobando estas reformas: de golpe, sin un debate público amplio y con la prisa típica de quien quiere ocultar su jugada. La **Ley de Personas Desaparecidas**, la **Ley General de Población**, la **Ley de Telecomunicaciones** y las **leyes de Seguridad e Inteligencia** fueron colocadas sobre la mesa como un "combo" preconfigurado, que en lugar de servir a las víctimas, parece estar diseñado para vigilar a todos.

En el póker, cuando un jugador lanza varias fichas de golpe sin mostrar sus cartas, hay motivos para sospechar. Aquí, las cartas ya empiezan a revelarse, y no son nada alentadoras.

CURP: La nueva carta maestra del control

El nuevo comodín del gobierno será tu CURP. Con solo teclear esos 18 caracteres, el Estado podrá acceder a tu foto, tus huellas digitales, tus movimientos financieros, dónde duermes, con quién te reúnes y hasta tus compras por Amazon. No es ficción ni teoría conspirativa. Es lo que permitiría la interconexión entre bases de datos que se establece en las reformas, con el CURP como eje articulador.

En términos de póker, el CURP es el "as bajo la manga" que el gobierno quiere convertir en una llave maestra. Y lo preocupante es que, según el artículo 91 Sexties de la nueva **Ley de Población**, todas las empresas públicas y privadas estarán obligadas a pedirlo.

Imagina que cada hotel, aerolínea, hospital, banco y app que uses alimente una gigantesca base de datos, bajo control del Estado, que puede ser consultada sin orden judicial.

Big Brother no blefea

Lo más grave de esta jugada no es solo el acceso a tu información, sino quién tiene el poder de usarla. La **Ley de Inteligencia** permite al gobierno consultar registros vehiculares, fiscales, inmobiliarios, médicos, de armas, de transporte, y mucho más. ¿Y quién supervisa ese acceso? Nadie. El artículo 160 de la **Ley de Telecomunicaciones**, por ejemplo, le da a una sola persona -**Pepe Merino**, titular de la **Agencia Digital de Innovación Pública** (ADIP)- el poder de conocer la ubicación de cualquier ciudadano en tiempo real, sin necesidad de una orden judicial.

Esto ya no es un juego. Aquí el gobierno está jugando solo, con la baraja completa, mientras al resto nos deja con cartas marcadas y ojos vendados.

Justicia y paz: un farol bien montado

El discurso oficial insiste en que este paquete de reformas busca ayudar a madres buscadoras y enfrentar la tragedia de los desaparecidos. ¿Y quién podría oponerse a eso? Esa es precisamente la trampa. En póker, esto se llama un "farol": aparentar que se tiene una gran mano para asustar a los demás y que tiren sus cartas. Usar el dolor de miles de familias como pretexto para imponer un aparato de vigilancia masiva es no solo inmoral, sino peligrosamente autoritario.

Es cierto que México enfrenta una crisis de desapariciones. Pero esta jugada no responde a la búsqueda de justicia, sino al apetito por el control. No hay mecanismos claros de supervisión, no hay límites definidos ni garantías de que esta información no será utilizada con fines políticos. Y si la historia reciente nos ha enseñado algo, es que cuando el poder tiene acceso ilimitado a la información, no lo usa para proteger, sino para reprimir.

La vigilancia como política de Estado

Lo que describe **Anaya** no es solo una política pública fallida. Es el diseño de un sistema de vigilancia institucionalizado, legalizado y centralizado. Un "gobierno espía" no por accidente, sino por construcción deliberada. Esta arquitectura legal convierte al Estado en un jugador que puede ver todas tus cartas mientras tú no sabes ni quién te está mirando.

Esto no es nuevo en el mundo. China ha construido un sistema similar con su "crédito social", y Rusia ha implementado redes de vigilancia digital altamente intrusivas.



¿Queremos seguir ese camino?

En democracia, el poder del Estado debe estar acotado.

Aquí, lo que vemos es lo contrario: un poder que crece, que se oculta en la narrativa del bienestar y que apuesta todo a una sola jugada: control total.

El ciudadano como ficha

En este nuevo tablero, el ciudadano ya no es un jugador, sino una ficha más del sistema.

Cada movimiento que haces, cada transacción, cada llamada o ubicación queda registrada, cruzada y almacenada.

Ya no necesitas cometer un delito para ser observado; basta con vivir.

Esto revierte el principio de presunción de inocencia y convierte la privacidad en una anomalía.

El riesgo es enorme.

Sin contrapesos, sin supervisión independiente y con una concentración obscena de poder en manos de unos pocos, estamos ante la posibilidad real de una regresión autoritaria bajo un manto de legalidad.

¿Quién da más?

El juego está en marcha, pero aún no termina. La sociedad tiene que decidir si acepta estas reglas o se levanta de la mesa.

Porque aceptar estas reformas sin discusión, sin transparencia y sin límites es como seguir apostando en una partida donde el crupier también juega, marca las cartas y decide quién gana.

Ricardo Anaya podrá tener motivos políticos para encender las alarmas, pero el fondo de su denuncia no debe ser ignorado.

Lo que está en juego no es un punto más en las encuestas, sino el tipo de país que queremos construir.

¿Queremos un Estado que te proteja o uno que te vigile? ¿Un gobierno que investigue delitos o uno que presuma que todos somos sospechosos?

Retírate de la mesa, antes de que te quiten hasta la identidad

En el póker, cuando no puedes confiar en el juego, lo más sensato es no seguir apostando. Estas reformas no son una mano afortunada ni un paso hacia la justicia, son una apuesta peligrosa por el control, una jugada agresiva disfrazada de sensibilidad social.

No se trata de ayudar a las víctimas, sino de instalar un panóptico digital donde todos somos observados, pero nadie vigila al vigilante.

Es hora de levantar la voz, exigir un debate público y poner límites claros al uso de nuestros datos personales.

Porque si permitimos que el gobierno juegue solo, pronto no nos quedarán ni fichas, ni cartas, ni libertad... ¡Ciaoooo!